

Victoria Ocampo y Ezequiel Martínez Estrada Correspondencia

[1945]¹

Señora

Para cumplir mi promesa de esbozar en algunas líneas el mapamundi de mi vida, recorrí no menos de veinte veces el camino del recuerdo. Equivale a sacar de un cofre mariposas pulverizadas. De ese repaso que creía tan lleno de interés y de emociones, sólo me resta una grande, trágica desilusión; porque se trata de una vida que ni a mí mismo puede interesarme ya. Le debo, en suma, esta liquidación de acaso las últimas supersticiones y el desvanecimiento en la luz de espectros y duendes que me encantaban y no existían.

Preferiría cualquier otra vida, si al leerla pudiera poner el mismo fervor de comprender que al recordar la que viví. El propio tesoro es un bien común, y las noches y los días se dan iguales para el desdichado y el feliz. Esta experiencia penosa me lleva también a la conclusión de que las autobiografías no tienen ningún sentido profundo y que son mero pasatiempo de gentes egoístas. No obstante, ¿dejaré de recordar con emoción la niñez de Tolstoy —o la de Goethe— muchísimo más pobre de casos y de cosas que la mía, aunque lo subjetivo haya irisado el suceso y la circunstancia con la caricia de su mano trémula? Cualquier infancia ensombrecida por los rincones oscuros del propio hogar, humedecida de lágrimas, me vendría bien si al mismo tiempo floreciera en el júbilo de la belleza y en el goce casi religioso de seguir estando vivo. Confieso que me reconozco incapaz de fraguar una niñez apócrifa ni de hacer literatura sobre la verdadera. Bastante tiene de absurda y de trivial. Al fin y al cabo, cuanto aconteció en mi existencia tiene poca relación causal, lógica, conmigo. Parezco ser un ente que atravesó ileso e inmune los hechos que constituyen su existencia terrestre, humana, diaria, documental. Nada tengo que ver con mi biografía. Repasado el texto, siento que vivir y ser son dos realidades distintas. Y si lo que me aconteció no tiene significado para explicar lo que soy, ¿no valdría lo mismo que inventara o que plagiera? Resulta inevitable, además.

Pero he ahí que soy absolutamente inepto para la mistificación. Jamás consideré una virtud mía no haber mentido, haber sido veraz y leal, sino una incapacidad de carácter orgánico, una especie de falta de oído para la melodía de lo histriónico. Por añadidura soy un hombre púdico, quiero decir incapaz de confesiones o de cualquier otro rasgo de impudibundez ingénita. Más bien experimento tendencia a ocultar lo que puede enaltecerme sin que tenga ningún desliz de qué avergonzarme. He procurado que mi vida fuera limpia todos los días, y esto es simplemente un hábito higiénico. Tampoco creo que sea un mérito poder exhibir una vida como se hojea un álbum, porque ninguna vida exenta de pecado está redimida de verdad. En fin, a veces pienso que ni Dostoiewski ha imaginado una existencia tan trágica y penosa como la mía, eso no tiene explicación por los hechos ni puede servir de prueba ante ningún tribunal, como el imaginado por Kierkegaard, que tratara de averiguar quién fue el hombre más infeliz. Como en las pesadillas, el verdadero sueño es infinitamente desproporcionado a la angustia que produce. Repasando mi vida, veo que sólo he sido yo el culpable de una valoración pesimista, y que prolongar la existencia más allá de la pubertad es un funesto error que se paga con la misma supervivencia.

De mis primeros años recuerdo que, como una segunda naturaleza semejante a la mutilación, poseí el triste privilegio de comprender las cosas de la vida con precoz claridad de adulto. Debo confesar que no recuerdo ninguna época que haya vivido la ingenuidad de la niñez. A los pocos años, por ejemplo, conocía ya a las personas de mi familia y de nuestras amistades con tal certeza que todos sus defectos me eran sensibles como ahora mismo los juzgo. De ahí que creyeran los extraños que poseía yo una inteligencia excepcional, cuando todo se debía sencillamente a ese prematuro despertar del sentido de la vida, que asimismo he encontrado, con

¹ Esta carta —un autorretrato—, fue escrita a pedido de Victoria Ocampo, que disponía de una colección de fotografías de escritores tomadas por Gisèle Freund y que estaban destinadas a ilustrar una serie de conferencias. Victoria Ocampo les había solicitado a esos escritores que consignaran lo que consideraran importante como dato autobiográfico. La carta de Ezequiel Martínez Estrada fue publicada póstumamente en la revista *Sur* n° 295, de julio y agosto de 1965, en un número dedicado íntegramente a Ezequiel Martínez Estrada.

relativa frecuencia, en criaturas no por eso inteligentes en otros aspectos. Tales criaturas por lo regular mueren pronto –en una u otra forma– y es una desdicha sobrevivir a las condiciones fijadas por la naturaleza, que parece haber puesto la comprensión o el paladeo del amargor de las cosas en los límites de lo que otorga sin exigir el pago supremo. Por estas razones la canción de Mignon, en el *Wilhelm Meister*², es de lo que más me ha impresionado en obra alguna; más acaso que el capítulo de los niños precoces en *Los hermanos Karamazoff*³. Este despertar –que no puede ser tardío– es lo que sazona y condiciona el sabor de la existencia y no creo que se dé siempre, ni en personas de gran talento. Si alguna vez tuviera yo que escribir algo sobre psicología no pedagógica, fijaré la pubertad del espíritu muchos años antes de la fisiológica, y procuraré que se vea claro que el hombre emerge en los primeros años o que muy bien puede no emerger jamás –ni en la vejez más fructuosa de sabiduría–. Por mí sé que heredamos en substancias diferenciadas del padre y de la madre, aunque no las mismas cualidades y que el carácter es una fatalidad ancestral. El nos hace aparecer como espectadores de nuestros propios actos, y todo lo involuntario que se nos impone con fuerza irresistible pertenece a la línea genealógica de los muertos. De la madre somos hasta cierta altura de la vida, luego del padre. Finalmente somos de los padres del padre y de las madres de la madre, sin que para uno mismo quede tiempo después de poner en limpio esa embrollada herencia. Entre los recuerdos, pues, algunos míos remontan a la historia de familia y la imaginación suele entremezclarse tan subrepticamente en ellos que a veces he pensado si la imaginación no es una extraña forma de la memoria ancestral. Los más antiguos recuerdos persisten nítidos y en vano intento localizarlos a mí alrededor. La memoria específica se acusa en mí con los caracteres crudos de la herencia somática. Por esta presencia consciente del pasado, tengo a menudo la impresión de que revivo escenas y hasta he podido prever la continuación de una serie de hechos. Lo que se entiende por adivinación debe entrar en este orden de fenómenos.

Soy una madriguera de complejos, una red subterránea en que el subconsciente posee sus mapas precisos. Nunca quise aprovechar de ese tesoro soterrado, dejando libre el juego de la fantasía, sino que me esforcé por que la razón lúcida rigiera mi pensamiento. Es un desaprovechamiento de mí mismo parecido a la destrucción, casi involuntaria, de mi memoria, que en años juveniles era de fidelidad fotográfica. Pero acaso pudiera explicarse esto por dos razones: mi disgusto de recordar y una inclinación al análisis lógico aun de mis actos más comunes, que me ha privado siempre de la contemplación ingenua. Mi recuerdo verídico más antiguo data de los primeros meses y el que primero me produjo una impresión generadora de mágicas asociaciones, dos caballos blancos que tuvo un pariente, y que se alimentaban de carne. La fábula de los caballos de Reso nunca me pareció inverosímil.

Ejemplo, de una de mis “censuras”: hasta el año 1924 me era imposible evocar el nombre de [Giacomo] Leopardi cuando me lo proponía. A los cinco años me llevaron en sulky, con un tío que luego se suicidó, a buscar un leopardo –sería un jaguar– que dicen que rondaba por un bosque a orillas del Carcarañá⁴. La lectura de las obras de [Sigmund] Freud aclaró el enigma y la “censura” desapareció.

Hasta los doce años viví en pueblos de las provincias de Santa Fe y del sur de Buenos Aires. Estos años sí son ricos de acontecimientos prodigiosos; pero como corresponden a la era de los albores del mundo, sospecho que pertenecen al género humano más que a mí. Sin embargo, entre la infancia brotan, como en el campo, flores silvestres de humilde vista y rústico olor. La niñez de [Guillermo Enrique] Hudson me ha impresionado por muchas concomitancias de escenas y aventuras, favorecidas por idéntica emancipación para andanzas y correrías, en ocasiones peligrosas, siempre instructivas. Cuando yo viví cerca de las sierras de Curumalán⁵, cincuenta años más tarde que él, el campo apenas conservaba su antiguo esplendor y las gentes languidecían en rencores y codicias. Aún podían encontrarse flamencos y cisnes en las lagunas, avestruces en las llanuras, verse la paja voladora cubrir los campos y brillar al mediodía; mas todo estaba labrado por el colono y los incendios de los trigales eran frecuentes. Crímenes y siniestros abundaban hasta perder interés. En cambio lo conservaron siempre las herrerías y las carpinterías que yo frecuentaba con más placer que la escuela. De entonces conservo el gusto de

² *Los años de aprendizaje de Wilhelm Meister*, novela de Johann Wolfgang Goethe publicada en 1796.

³ Novela de Fiodor Dostoiewski publicada en 1879.

⁴ El pueblo natal de Martínez Estrada, San José de la Esquina, está ubicado a orillas del río Carcarañá.

⁵ Las sierras de Curumalán están ubicadas cerca de Goyena, pueblo en el cual Martínez Estrada vivió desde los 6 a los 12 años de edad, entre 1902 y 1907, cerca de la ciudad de Pigüé, en el partido bonaerense de Saavedra.

los hierros y las maderas, del olor de la pintura y del humo del carbón de piedra. De la fragua sacaban el hierro de un rosado angélico y lo machacaban hasta decolorarlo en profundo lila. A cada martillazo aumentaba la oscuridad, y éste es un tema que asocio siempre a los crepúsculos. Las pinturas se probaban en el portón de pino, que por eso estaba policromado como una paleta. Y cuando a las tardes daba el sol ahí, había como un cielo de colores pintados.

Mis primeras lecturas extensas fueron el *Quijote*, la *Historia de España* de [Modesto] Lafuente y *Misericordia* de [Benito Pérez] Galdós. Durante el tiempo de esas lecturas, muchas tormentas y anocheceres y espléndidos soles se intercalaron en sus páginas. Rigurosamente autodidacto, no tuve otro maestro ni guía que mi propio afán de leer. Mi verdadera vocación fue la música y, más estrictamente el violín. Primer gran concierto a la intemperie: un ciego, en medio de la calle una tarde de verano, que me fascinó como a un catecúmeno predestinado.

Señora: ya ve de qué insignificantes cosas se nutren las raíces de una vida que ni siquiera merece el epitafio. Los versos llegaron pronto como las flores en su estación. Y se marchitaron. Gusto de ellos como de una rueda bien hecha, de una tuerca bien ajustada, de un barniz bien extendido, de un violín bien templado. Me hubiera gustado hacer de la soledad mi breviario y mi sudario. Pero sólo me fue dado admirar, al anochecer, las vizcachas cuya vida en meandros subterráneos y frescos tiene aún para mí un inefable atractivo de filosofía de la libertad y de la paz. El gusto de la tierra está en toda mi piel y Nietzsche es mi autor más querido.

Después de los doce años continúa una vida laboriosa, de sobreviviente, en mil formas repetida a la manera de un arabesco, en que todo es construir sobre arena, ensayar y errar. Para llenar las páginas en blanco y para descifrar las interlineadas y testadas, sirve cualquier vida de novela en que sucedan pocas cosas, pero que calen hasta el hueso. Siempre que el autor sepa que no se nace ni se muere una sola vez.

[Noviembre de 1948]

Querido Martínez Estrada: Discúlpeme de escribirle en francés, idioma al que recorro cada vez que estoy conmovida, porque es el idioma de mi infancia. Esta carta no es de cortesía, ni una manifestación de simpatía, simplemente. No la dicta ningún deseo de quedar bien con usted, ni de sustraerle, de paso, unas páginas para SUR (las necesitamos, desde luego). Vengo a decir que por primera vez me hace feliz oír hablar, en una conferencia, a un compatriota⁶. Oírlo hablar del tema que usted ha abordado: nuestro país. Y al oírlo, la prueba irrefutable de su existencia de usted, me ha consolado de muchos sinsabores. No le escribo como se escribe habitualmente. Hablo en alta voz, como si estuviera sola.

Lo que dijo ayer, y el modo suyo de decirlo era exactamente lo que necesitaba para no desesperar de nuestra patria común, en estos días turbios. He conocido, he atravesado crisis de depresión, pero nunca había caído en este marasmo. Al oírlo a usted, al oír sus palabras, su tono (que revelan un metal inatacable por el aire, el agua, los ácidos más corrosivos), la esperanza renace en mí y también la sorpresa de haberla podido perder. Usted citó a Dostoiewsky. Yo recordaba, al seguir su pensamiento, a aquella frase del príncipe Mishkin, en una de las novelas de Dostoiewsky que prefiero: “Qué importa mi aflicción y mi mal, si me siento *en estado de ser feliz*. ¿Sabe usted? No entiendo que pasemos junto a un árbol y que no seamos felices al verlo”. Esta felicidad que consiste en no perder contacto con la belleza del mundo, suceda lo que suceda, la conozco. Y ayer, Martínez Estrada, fue como cuando paso delante de un gran árbol, incluso en horas negras. Su presencia, su fraternal presencia, su milagrosa realidad, me llegan a través de cualquier velo de angustia personal.

Ayer, créame, he pasado delante de un gran árbol. Y estoy feliz de que ese árbol crezca en nuestro suelo. Suelo del que mi corazón es prisionero. Un prisionero no siempre manso y que a veces se pregunta si la tierra que ama no está maldita.

Tengo la certeza de no haber sido la única en sentir lo que sentía al oírlo. Angélica, mi hermana, y [Eduardo] González Lanuza tenían exactamente como yo conciencia de hallarse “en estado de ser feliz”, para usar el lenguaje de Dostoiewsky. Esa manera suya, paciente pero implacable de apartar lo que no es de buena calidad (perlas falsas –que ni siquiera son de cultura– con que suelen adornarse ciertos intelectuales); de apartarlo sin pacto posible con la falsedad, me hacía temblar de agradecimiento. Esa honestidad intelectual que de usted mana es

⁶ Victoria Ocampo se refiere a la conferencia dada por Ezequiel Martínez Estrada en la Sociedad Argentina de Escritores (SADE) el 15 de noviembre de 1948, en ocasión de recibir el Gran Premio de Honor concedido por esa institución.

uno de los dones más valiosos que podemos recibir en esta tierra y a esta hora. Como usted, estoy ligada al suelo donde el azar me hizo nacer (prefiero no llamarle patria, porque se trata en mí de un rincón de tierra, no de algo más abstracto); *especialmente ligada* sería el término adecuado, ya que me siento ciudadana de la tierra entera. Repito que por compartir con usted un rincón de la tierra, es por lo que tan especialmente me han conmovido sus palabras. También me hubiesen conmovido de no ser compatriota suya, pero de otra manera. Usted, además de ser mi compatriota físicamente, lo es espiritualmente. Por eso es tan vibrante en mí la resonancia de cuanto dijo. Su existencia, Martínez Estrada, me prueba que este rincón del mundo no es, como temía, un tremendo desierto al que quiero con un amor sin justificación valedera. Por otro lado, el amor con mayúscula no necesita justificación. El error es buscársela.

Le hablo como si usted no estuviera presente. Esto no es escribir, es monologar consigo misma. Tal vez sienta usted también en torno suyo desiertos como el que me rodea. Y ya es un milagro este poderse hablar de desierto a desierto.

Discurso en ciudad de México Ezequiel Martínez Estrada

[1960]⁷

“Nuestro gentil amigo y maestro, Jesús Silva Herzog⁸, director de *Cuadernos Americanos*, me ha distinguido encomendándome hablar en representación de algunos colaboradores ausentes, en esta confraternal celebración del XVIII aniversario de su revista. ¿Por qué ha pensado usted en mí, director, en el menos meritorio de sus colaboradores? Reconozco que era conveniente que fuera yo presentado en la sociedad de las letras y que ésta es una buena coyuntura. Gracias. Empero, mis demonios me previenen de que en estas eslabonadas eventualidades se ocultan designios de la diosa Justicia, Themis, en quien no creemos pero a la que hay que temer, pues desde que los dioses han muerto sus potestades se han hecho más temibles.

Cuanto pudiera decir yo de la misión cultural que *Cuadernos Americanos* cumple con perseverancia apostólica en el Continente, para que los pueblos de un mismo origen y destino se conozcan, se amen y se auxilien, sería redundar en lo que todos sabemos. El tono más enfático y el elogio más superlativo serían insuficientes para medir y pesar el bien que le debemos los escritores que, merced a su generosidad, hemos transpuesto las fronteras geográficas y políticas para unirnos en un territorio patrimonial común, en un hogar solariego donde podemos platicar confidencialmente. Por *Cuadernos Americanos* escritores solitarios como yo hemos dejado de ser parias de eriales de penitencia que pertenecen a los dueños de los ajeno. *Cuadernos Americanos* me ha permitido encontrar a muchos de mis hermanos desconocidos, y por su padrino no soy en ninguna parte extranjero. Mi nombre ha ido en sus alas más que en las hojas de mis libros. *Cuadernos Americanos* es la sede paternal de la familia dispersa.

Quiero decir ahora cuán cierto es que ha sido factor decisivo en la última etapa de mi vida. Me perdonarán, entonces, amigos y camaradas, que refiriéndome a la revista hablé de mí y aproveche la ocasión para cambiar por otras mis ropas de peregrino. Hablaré en mi carácter de especialista de dolencias secretas, porque soy radiólogo de la pampa y llevo un nombre que me ha perjudicado en mis diagnósticos y vaticinios. Pues Ezequiel es el profeta energúmeno y la radiografía no es oficio de fotógrafos.

Cojo aquí el hilo que ha de conducirme a través de un laberinto subterráneo que desemboca en este lugar concreto, en este preciso instante, en esta mesa. Una radiografía de la

⁷ Ezequiel Martínez Estrada había decidido, en 1959, exiliarse voluntariamente en México, donde vivió y trabajó por un año. En febrero de 1960, Martínez Estrada fue invitado a dar un discurso en la cena de celebración del XVIII aniversario de *Cuadernos Americanos*, una de las revistas de ideas más importantes del continente y de la cual fue asiduo colaborador. El discurso fue publicado con el título “Un año más de ‘Cuadernos Americanos’” en la revista *Cuadernos Americanos* n° 2 del volumen 19, Ciudad de México, de marzo y abril de 1960.

⁸ Economista e intelectual mexicano (1892-1985), de gran influencia en la vida pública de su país. Fue funcionario del gobierno del presidente Lázaro Cárdenas, a quien aconsejó la nacionalización del petróleo y fue autor de los libros *Historia de un problema*, *El pensamiento económico en México* y *El agrarismo mexicano y la reforma agraria*. Jesús Silva Herzog dirigió, durante más de cuarenta años, la revista *Cuadernos Americanos*, de tendencia liberal y progresista. Martínez Estrada fue invitado a publicar en ella en el año 1945 y siguió haciéndolo hasta su muerte.

pampa muestra la imagen, inevitablemente sombría, del esqueleto, las vísceras y las glándulas de un país de llanura, como es el mío, en lo que más vale de él. Que esto pueda hacerse, resulta de veras difícil de comprender; sobre todo si no creemos en los dioses plutónicos que gobiernan a los diablejos de la superficie, tan celosos de sus misterios que castigan de la manera más terrible a quienes los revelan. Una radiografía de ese tipo es, en consecuencia, una profanación. Estas pocas palabras explican la circunstancia aleatoria por la cual me encuentro hoy entre ustedes y por qué me siento feliz.

Pues ocurrió primero que por haber revelado la índole hereditaria y crónica de los males que a mi juicio aquejan a mi país y denunciado luego a quienes creí que debiéramos culpar de ellos, vine a encontrarme como extranjero en mi patria, perdidos algunos amigos ilustres y ganados otros apenas alfabetos; cerradas las puertas de diarios y revistas y señalado por el índice de los amos de la patria. Arrojado, digo, a las ergástulas del pueblo. En resumen, reducido a quitarme la vida o a capitular ante un ejército civil de ocupación infinitamente más poderoso que yo, dotado de estas mortíferas armas: los prejuicios de clase, el nacionalismo orgulloso y la ignorancia satisfecha. Yo no era de la tribu, y había llegado a cierto cacicazgo sin grados militares. Cincuenta y tres años de trabajos en la docencia y en la administración pública, computados para mi jubilación y treinta libros escritos sin esperanza de gloria ni de fortuna constituyeron el capítulo de cargos. Para colmo de infortunios, además de escritor y empleado nacional era yo agricultor. Miembro descastado de la casta terrateniente y de la nobleza burocrática. Todo el dinero que el Estado me otorgó como premios lo invertí en una finca, precisamente en la pampa que había explorado por dentro. Mi mujer la tupió de árboles, juntos la convertimos en un lugar habitable y el cielo la pobló de pájaros. Allí pensaba yo descansar de mis muchas fatigas. Aré y sembré. Allí donde residen Deméter y Perséfone deposité otra clase de semillas que en los libros. Semillas de no sé qué, de cotiledones duros que tardan muchos años en germinar. Por escasez de lluvias y porque esta tierra es árida, tuve que regarla con sudor y lágrimas, en espera de que se pudriesen, según la parábola evangélica, y brotaran para dar flor y fruto. Ocurrió que el viento de la pampa arrasó lo que habíamos construido, y recubrió todavía más hondamente las semillas. Peripecia allá lejos común al sembrador.

Despojado más tarde por el Justicialismo Social que el peronismo dejó como herencia demagógica, la finca que adquirí fue como carroña sobre la que se lanzaron los zopilotes del Foro. Convertida mi jubilación en papeles de fábrica por las infatigables cecas del Fisco, me vi compelido a buscar en el extranjero algún recurso suplementario que mitigara mi penuria. Era yo un escritor inverecundo y por añadidura un agricultor sacrílego que escudriñaba las entrañas misteriosas de la tierra y sembraba hondo semillas desconocidas. Sacrilegio que compete, como se advierte, más a la mitología que a la agricultura. Sin embargo, apremiado por los recaudadores del Fisco, encontré inesperadamente, lo confieso, que de México, Venezuela y Brasil me llegaba el auxilio pecuniario y espiritual que no hallaba en mi patria y que con ello podía pagar impuestos y contribuciones que inexorablemente se me exigían por bienes que usufructuaban rábulas y bandidos. Laureles que me comían los borricos del carro de un Leviatán de hisopo y espada que está destruyéndolo todo. *Cuadernos Americanos* me ofreció hospitalidad entonces; y cuando decidí abandonar mi patria para siempre, en México encontré nuevo hogar y nuevos hermanos. Aquí quisiera morir, y la gloria que pido es el olvido y la paz.

Mi biografía puede insertarse en la historia inédita de mi país y localizarse en cualquier punto de su mapa, coloreado de verde, rosa y azul; es casi la misma del mapa de mi hermano William Henry Hudson, también escritor, pastor y hereje. Hace un cuarto de siglo sugerí que un capítulo de la historia argentina se titulara “Destierros” en que irían incisos tales como “Desarraigo” y “Evasión”. Todo estaba pronosticado allí para mi caso, no podría decir entrevisto a la sazón, en la parte que trata de las fuerzas mecánicas hostiles a la vida, que llamé “Las Fuerzas Telúricas”. ¿Es esto hoy tan increíble como hace cinco lustros? ¿Qué jueces dictan estos fallos inicuos?

De sus óptimos hijos castigados por los jueces infernales debo evocar a San Martín, Rivadavia, Echeverría, Juan Cruz y Florencio Varela, muertos en el destierro; a Sarmiento, Alberdi y Hudson, expatriados; a Alem, Agustín Álvarez, Lugones y de la Torre, que se arrancaron la vida, desesperados y desvalidos. No son el Ejército, la Iglesia y la Burocracia quienes deciden nuestros destinos: Eaco, Minos y Radamanto gobiernan a los poderes públicos de mi país. ¿Qué otros agentes perceptibles, además de los que administran la justicia con tan omnipotente ceguera, sancionan las virtudes cívicas y premian los desacatos de los magistrados, los atropellos del poder?

Hay en la Argentina un viento, un huracán que corre hacia el Atlántico, que descuaja los árboles de la llanura y derriba las casas de los agricultores. Lo que tiene raíz es arrancado de cuajo; lo que está superpuesto y aplanado sobre el suelo, permanece. No hay árboles corpulentos; el ombú es una enorme planta que da sombra maléfica, y prosperan los arbustos achaparrados. El hombre debe tenderse de bruces para no ser derribado. La residencia, pues, está sometida a influencias destructoras, y unos son compelidos a la fuga, los más mueren y algunos triunfan con las manos sucias. Pero ahora estoy en el umbral del Averno, ante uno de los enigmas de nuestra historia, y debo detenerme, pues no poseo la rama dorada de Eneas, ni la Síbila me permite trasponerlo.

He aquí confesado públicamente el azar que aquí me trajo, cuyas determinaciones recónditas no pueden explicarse sino con parábolas; la razón inexorable a simple vista de por qué estoy hablándoles a ustedes, por una designación de providencial cortesía, y porque lo hago en voz alta para que llegue a los centuriones de mi patria.

No estoy solo. Conmigo están aquí quienes me han reconfortado con el bálsamo de la amistad y con su sostén. Mi confesión es, por lo tanto y además, una protesta de gratitud, un homenaje a los dioses desconocidos y una promesa de retribución. ¿Podré retribuir tanto bien? Adiós, opulenta nación de ganado y mieses, que honras con magnificencia y estrépito de clarines a los héroes y mártires muertos en el destierro. Alegra tu corazón con vino de tus bodegas y pan de tus graneros; solázate con la música de las trompetas y los atanales, y no escuches la voz trémula de los profetas en el destierro. Sé feliz y prospera.

Me siento rejuvenecido, sin rencor y con ánimos, ni diré con fuerzas, para cumplir la etapa final de mi destino. Y si no me consideran ustedes, amigos y camaradas, estigmatizado por haber visto el rostro terrible de la verdad, denme las manos y ayúdenme a escalar el último tramo de mi Calvario.

Respuesta pública a Ezequiel Martínez estrada

Septiembre de 1960⁹

Mi querido Martínez Estrada:

No puedo hablar de usted, sino hablarle a usted. Por eso contestaré en forma de carta a la encuesta de *Atlántida*.

Empiezo por decir que se me preguntó, verbalmente, si yo estaba entre los amigos ilustres que usted asegura haber perdido. No estoy en esa lista por dos poderosas razones. Primera: ni soy ilustre ni he encontrado en este país demasiados pretextos para tener tan descabellada creencia. La única vez que me dieron pie, verdaderamente, para una sospecha de esa índole fue cuando me metieron en la cárcel. Me sentí algo así como ilustre cuando barría los pisos, limpiaba la letrina o hacía las camas en el Buen Pastor (no por el hecho de barrer, limpiar o hacer las camas, sino por el lugar donde lo hacía). Compartía este honor con diez compañeras inolvidables que tenían el mismo derecho acongojado que yo para sentirse ilustres.

Segunda razón: No soy el tipo de amiga que usted puede perder. Podré disentir con usted, eso es todo. Hasta podré disentir violentamente. No es la primera vez que esto me ocurre con un amigo sin que por eso deje de ser su amiga.

¿Qué pienso yo de su actitud? No puedo contestar a esta pregunta. No porque tema dar mi opinión, sino porque su actitud responde a algunas pocas cosas que sé y a muchas que ignoro. Y aun si supiera lo que ignoro, ¿quién soy yo para juzgar a un hombre como usted? Lo admiro y lo respeto. No puedo pensar de usted sino lo mejor, incluso cuando no estoy de acuerdo con sus opiniones.

¿Si creo que los males denunciados por usted configuran una crisis social, moral y política que puede hacer que un escritor adopte una medida tan drástica? Lo creo. Depende de la forma de reaccionar de cada uno. Y la reacción de usted es prueba de ello.

⁹ Carta de Victoria Ocampo publicada en la revista *Atlántida* n° 1143, de septiembre de 1960, a modo de respuesta a las tres preguntas de la encuesta: “¿Qué piensa de la actitud asumida por Martínez Estrada?”; “¿Cree usted que los males denunciados por Martínez Estrada configuran una crisis social, moral y política, que puede hacer que un escritor adopte una medida tan drástica?”; “Llevado ante una situación similar por la fuerza de las circunstancias, ¿qué actitud adoptaría usted?”.

Sospecho que a los escritores argentinos no les faltan motivos de amargura. A cada cual por razones propias y de acuerdo con su carácter. Escribe usted: “Adiós opulenta nación de ganados y mieses, que honras con magnificencia y estrépito de clarines a tus héroes y mártires muertos en el destierro”. Esto no es una frase. Ni responde a un momento de exasperación. Es la verdad. Pienso, además, que no es necesario salir del suelo argentino para vivir como un desterrado... y que es quizás el más melancólico de los destierros.

Jamás se me ocurrirá comparar mi caso con el suyo. Es usted un hombre de gran talento. Ha tenido que luchar y trabajar toda su vida, sin tregua. Ha pasado cinco años de sufrimientos físicos infernales. Lo digo con conocimiento de causa.

Yo, dentro de mi esfera, y guardando las debidas distancias, también he luchado y sufrido.

La tercera pregunta queda casi contestada, puesto que aún estoy aquí. Cierto, lo repito, que mi caso no es el suyo, mi querido Martínez Estrada. *Dista mucho de serlo.*

Pero ya que estamos en tren de sacar de su pozo la verdad, por desnuda que se presente, agregaré que estoy de acuerdo en que nuestro país ha bajado de nivel. Su nueva ola de incultura, su pobreza espiritual (que no es lo mismo que pobreza de espíritu), su fácil aceptación del más o menos (el á peu-prés [medianía] detestable) se han convertido en rasgos nacionales. Si hay una calle con árboles lindos, los talan. Y esto, que miro siempre con desesperación, ocurre en otros órdenes.

Lo único que podemos hacer es decir la verdad y seguir amando. ¿Por qué habían de tocarnos seres perfectos, países perfectos, para mayor felicidad nuestra?

Tal vez no los merezcamos. ¿Y de cuándo aquí se puede amar tan sólo a los seres y a los países perfectos?

Mi querido profeta iracundo, en esta tierra que es la suya y la mía, sepa usted que hay gentes que lo quieren. Las que lo recuerdan al mirar un nido de horneros en una cornisa o en un poste de alambrado, o cuando se sientan a la sombra de un ombú, que no es maléfica como usted asegura (a menos que yo haya conseguido exorcizar a los dos míos o que sean casos excepcionales de ombúes benignos).

No pida la gloria del olvido: no la conseguirá.

En homenaje a Victoria Ocampo Ezequiel Martínez Estrada

La Habana, 1º de mayo de 1962¹⁰

La noticia de que escritores y artistas se disponían a rendir un homenaje nacional a Victoria Ocampo en Argentina me llegó simultáneamente con la del atropello a mano armada contra el presidente constitucional de la República, derrocado, detenido y confinado en la Isla Martín García¹¹. La coincidencia providencial de ambos hechos significativos me ha hecho reflexionar en lo aleatorio y a la vez fatídico de nuestros avances y retrocesos históricos, oscilantes a manera de péndulo. Nuestra historia está, en efecto, plagada de contradicciones de esa clase, presentándose en ocasiones a la vista y al tacto las dos fuerzas dialécticas, “oriundas de su sociedad”, decía Sarmiento, que él sintetizó en la fórmula tan simple y exacta como el binomio de Newton, de Civilización contra Barbarie. Todo lo que yo pudiera decir con respecto a las formas proteicas con que las fuerzas negativas aparecían en el escenario de nuestra vida nacional, investidas con los atributos del progreso y de la cultura, lo he dicho ya, y hoy no debo insistir en atribuir a los intelectuales buena parte de responsabilidad en el hundimiento moral del país, del que otra vez será víctima expiatoria el pueblo, “agnus Dei”. De haber vivido los dramaturgos, escritores, ensayistas, sociólogos e historiadores de espaldas al pueblo, permitiendo que los advenedizos y aventureros ocuparan las magistraturas acéfalas, ha resultado esta catástrofe que nos abochorna y anonada.

Victoria Ocampo ha cumplido, en la leva que en los últimos treinta años se hizo desordenadamente para salvar lo que se pudiera, su servicio civil obligatorio. Acudió adonde

¹⁰ Carta enviada desde Cuba por Martínez Estrada para participar de un libro de homenaje: *Testimonios sobre Victoria Ocampo*, editado en Buenos Aires por La Fleur en 1962.

¹¹ Martínez Estrada se refiere a Arturo Frondizi, derrocado por un golpe de Estado el día 29 de marzo de 1962.

creía que su deber patriótico la llamaba y lo hizo sin saber bien por qué, como Juana de Arco, porque oía una voz de mando que la conminaba. Quizá sea la misma voz que oímos todos; quizá hemos acudido todos en servicio de la patria, como ella, con otras armas y sin saber bien lo que hacíamos. Así debo hablar, por coincidir el homenaje a Victoria Ocampo en su condición de propulsora de nuestra cultura, con el salto atrás de la nación entera, pueblo e instituciones, y porque no es posible soslayar el tema de las responsabilidades indirectas y eludir la pregunta de si se había formado en el plano de la inteligencia una oligarquía mental indiferente al envilecimiento y a la depauperación de la ciudadanía. Acallar esta angustiada pregunta sería declarar que se desconocen las condiciones desfavorables en que Victoria Ocampo ha realizado su obra cultural, y la disposición y el potencial de las fuerzas sociales en acción. Tenemos contrapuestos dos hechos: uno laudatorio que corresponde a la dimensión biográfica, y otro ominoso que corresponde a la dimensión histórica, equivocadamente juzgada política; y con el simple contraste de las cosas percibimos una de las características de la vida nacional argentina: que lo noble y meritorio corresponde al esfuerzo personal, y lo innoble y negativo a las fuerzas sociales todavía sin desbravar. Una porción de la obra de Victoria Ocampo corresponde a la historia, y otra, la más significativa y fuera de discusión, a su poderosa personalidad.

Victoria Ocampo ha cumplido, en la historia o, mejor dicho, en la tragedia nacional de los últimos treinta años, una misión apostólica similar a la de los misioneros del Paraguay en muchos sentidos. Si cedemos a la tentación de las simetrías y los paralelismos, inevitablemente se nos presenta asimismo la similitud de su misión social civilizadora junto a las de Sarmiento y Avellaneda, incluyendo la colaboración de [Paul] Groussac y [Amadeo] Jacques, porque la consagración de su vida ha sido poner a salvo, en reducto inexpugnable, el patrimonio moral y espiritual que se dilapidaba con saña semejante a la política y la economía. Acción patriótica y heroica que en años venideros podrá contemplarse retrospectivamente como tentativa de recuperar un símbolo patricio de la nacionalidad al fin caído en la abyección del lema “alpargatas sí, libros no”. Porque hubimos de apurar el cáliz de la vergüenza hasta las heces. ¿Quién oyó, entre los sonos de tambores y trompetas del “Canto a la Argentina”, de la “Oda a los Ganados y las Mieses”, del “Blasón de Plata”¹², los alaridos de la chusma de lanza que avanzaba desde los toldos con aquel lábaro del lema ignominioso?

Es más fácil hoy que hace medio siglo ver qué hubo de apresurada y dramática operación de salvataje en las obras de fortificación que los próceres llevaron a cabo y percibir por homología que Victoria Ocampo aparece en las letras argentinas como mecenas anacrónica después de desaparecidos los últimos epígonos de la civilidad. De ahí que el drama de su extranjería, en el que al fin ella misma ha venido a creer por sugestión, sea más bien un anacronismo: el regreso tardío de un prócer desterrado. Victoria Ocampo regresa al país cuando se ha operado una transvaluación de los valores de cualidad en valores de cantidad, cuando las olas inmigratorias del capital y del trabajo lo habían arrasado como una tromba. La misión del patriado había concluido y se iniciaba la dominación a mansalva de una burguesía de gerentes y administradores sobre una población de huérfanos y metecos. El país estaba a merced del empresario de latrocinios y del comerciante de prebendas y sinecuras, falsificados los títulos de propiedad y de ciudadanía, en el estrado de los jueces, los contrabandistas y los cuatros. Victoria Ocampo vuelve entonces a su país, sin haberlo conocido en su infancia sino por la lectura comentada de los archivos familiares; el espectáculo de la patria de sus antepasados entregada al pillaje debió de haberla herido, por contraste con Inglaterra y Francia, como el regreso al hogar paterno después de un saqueo nocturno. Acudió, imagino, a encender las lámparas, porque de veras en veinte años las sombras habían engendrado terribles fantasmas en los aposentos deshabitados. ¿Quién hubiera podido percibir en 1910 o en 1916, los años de la grandeza ilusoria, los síntomas de descomposición que por entonces afloraban como por las resquebrajaduras de un majestuoso edificio levantado en los apremios de un vivaque? Todavía hace treinta años, para muchos fumadores de opio era pesimismo incurable dudar de la resistencia de aquella construcción, y sacrilegio denunciar el fraude con que se habían violado las leyes de la estabilidad y el equilibrio. Victoria Ocampo aparece en el proceso de venta en almoneda de la soberanía nacional al término de la Primera Guerra Mundial, justo cuando una prosperidad económica recubre de oropeles la miseria espiritual. Por entonces, muy pocos pensaron en salvar del cataclismo el patrimonio moral e intelectual, y a estas tareas del salvataje atendió Victoria Ocampo. Lo cierto es que para 1930 ya nadie se engañaba de las fraudulentas

¹² Las tres obras mencionadas por Martínez Estrada, “Canto a la Argentina”, de Rubén Darío, “Oda a los Ganados y las Mieses”, de Leopoldo Lugones, y “Blasón de Plata”, de Ricardo Rojas, fueron publicadas en 1910, el año del Centenario.

grandezas acopiadas en nuestra “Edad del Oropel”, que a la sazón se declaraban públicamente en bancarrota. Nadie se engañaba, pero tampoco quería ser desengañado. 1930 era una época histórica homotaxial de 1830, mas esa relación de simetrías no fue percibida en su momento, ni después, como acaso no se perciba la similitud de 1962 con otros períodos críticos de la historia nacional. En la revista “Sur” no ha quedado testimonio de las ventiscas y ciclones que azotaron con bíblico furor nuestro suelo, porque como los relojes de sol únicamente ha registrado los días luminosos.

Separada Victoria Ocampo de las contingencias groseras y pasajeras de la vida política nacional, de todas maneras resulta feliz evento que el homenaje que le rendimos no pueda celebrarse, como hubiera correspondido, en el Parlamento y con asistencia del Pueblo y de los Poderes Públicos, pues pocas veces como ahora sobre las peripecias de la historia oficial se destaca una personalidad que encarna las más auténticas y oriundas cualidades de la argentinidad, las que no se pesan, se cuentan ni se miden. Quizás sea parte inesperada y complementaria del homenaje, la circunstancia de que falten a su consagración el óleo y el incienso de los ritos oficiales. De esas cualidades auténticas y oriundas de la raza que Victoria Ocampo encarna, yo escogería la generosidad como la más antonomástica suya.

Todos sabemos de su talento, de su dignidad, de su abnegación, de su patriotismo, pero pocos de su inmensa bondad, de su amor uránico a los seres y las cosas todas de la Creación en las que brilla, aunque remoto, un reflejo de la Belleza y el Bien. Algún día contaré cómo se me presentó su imagen resplandeciente en la penumbra del aislamiento y de la enfermedad, no menos piadosa y compasiva que Julián el Hospitalario y que Isabel de Hungría. Buscaba yo, como Job, un rincón en el muladar para morir, cuando ella me abrió las puertas de su casa en la revista “Sur”, me auxilió, me reconfortó y me puso en manos de los doctores Galli Mainini y Mom que me arrebataron a la muerte, como Alcestes a Admeto. Yo concurreo a este homenaje para proclamar su gloria y no para asentar una alabanza de mera admiración o de respeto. ¿Qué puedo decir en el lenguaje de los tasadores de alhajas, si en la ceguera de tanta distancia sólo veo en su derredor símbolos y signos jeroglíficos y alegóricos, fragmentos alucinatorios de estampas apocalípticas? Antes tengo que ejercitarme en descifrar otros enigmas inefables.

No quiero referirme ahora, pues, a los méritos de su labor literaria personal, que he de hacer, *Deo volente*, en un libro que escriba con todo el fervor y la devoción de que sea capaz, y que podrá llevar por título un nombre mitológico o legendario –como Andrómeda, Eurídice o Lavinia–, si no lo fuera suficientemente el suyo, que es runa del ungido para vencer. Quiero, sí, quiero decir cómo a tanta distancia como nos separa, la veo y la oigo en su cautiverio voluntario, en su expatriación, en su corte de canéforas y en su soledad. A medida que se entenebrece el ámbito que la rodea, su imagen se ilumina, y sucesivamente me sugiere las de Mme. de Sevigné y de Mme. de Staël, de Gaspara Stampa y Victoria Colonna, de Clemencia Isaura, hasta profundizarse en Lavinia, defendiendo los penates y los lares llevados por el extranjero Eneas a las tierras bárbaras del Lacio. Únicamente en un libro, escrito con devoción y limpia caligrafía, se podrá decir cómo la vocación a la belleza y al bien es el carisma que se manifiesta en Victoria Ocampo al trasluz de su persona terrestre y actual. De muy cerca y de muy lejos, no se la ve. Habrá siempre para el historiador de nuestra cultura y para el biógrafo de nuestros próceres, elementos contradictorios y enigmáticos en la personalidad de Victoria Ocampo, ¡tan identificadas están en ella biografía e historia; tan poderosa en su destino la influencia de los antepasados y de la tierra natal, de los astros y del clima! Su biografía debe ser interpretada como un horóscopo, y así se encontrará lo mítico en su genealogía y lo histórico en su vida. En todo lo que puede narrarse y comunicarse, la biografía de Victoria Ocampo pertenece a la historia nacional y sus contrasentidos, porque está enraizada como un algarrobo secular en el solar paterno que antaño fue predio cultivado en campo de barbecho y hoy parque abandonado en que discurren con su antigua inflexión apasionada “las voces de los seres queridos que han callado”. El último testimonio de ese exilio o confinamiento es el libro enigmático en que cuenta, con el lenguaje de las leyendas de encantamiento, más o menos sus torturas de Ariel apresado en un árbol, su cautiverio enervado por los efluvios de la tierra, el sortilegio de los “revenants” [aparecidos] y el efluvio de los cofres y relicarios. Ese parque anacrónico es un tiempo lejano más bien que lugar apartado. Hace mucho tiempo quiere decir allá lejos; y las escenas y los diálogos son espejismos propios de la sed en el desierto; la irrealidad de los personajes y las cosas reales, el contemplarlos desde un ángulo insólito para el transeúnte de la calle, el peatón. Ángulo de visión significa en este caso, no solamente lugar desde donde se mira, sino situación en que se vive, pues contemplar es una de las resultantes de vivir en unión y de compartir una fe. Victoria Ocampo ha tenido el privilegio de poder hacer del trato asiduo con

los seres imaginarios del arte, la forma natural de su existencia. Tal consagración al culto de las imágenes, prohibido a los mortales en el [Libro del] Éxodo, no conduce, como vulgarmente se cree, a la obnubilación de las formas naturales de las cosas, sino a despertar en ellas los signos sagrados que ocultan al mostrarse como son, según lo prueban de manera convincente las experiencias mágicas de Próspero y de Johannes Faustus, que vivieron en la atmósfera de lo maravilloso. Nosotros, seres terrestres que juzgamos de las cosas divinas por la experiencia bruta de los trabajos y los días laborables, no podemos justipreciar la consagración de los seres privilegiados a una vocación religiosa como ésta, y el reproche que les hacemos, de vivir en un estado sonambúlico ante los hechos visibles y palpables, es el de los que conviven con seres zoológicos, no menos ilusorios, en resumen, que los de ficción. Se me ocurren estas reflexiones en el momento que, escuchando voces para mí espectrales e incomprensibles y viendo dibujos jeroglíficos, iba a preguntarme: “¿Qué ocurría en la República Argentina durante el invierno de 1960, cuando luces y sonidos espejeaban frente al río en San Isidro?”. ¿No es esta pregunta del tipo de las que formulan los incrédulos, los escribas y los fariseos? Pretender que Victoria Ocampo pueda contestar a preguntas de esa clase, es más o menos incurrir en la torpeza de los jueces que interrogaron a Juana de Arco acerca de las voces que escuchaba y de la fe con que combatió obedeciéndolas.

Ante el tribunal de la historia que ha de juzgar la responsabilidad de los intelectuales argentinos en la guerra de la civilización contra la barbarie, Victoria Ocampo ocupará el estrado de los jueces y no el banquillo de los acusados. El cargo más grave que he oído formular contra ella es el de extranjería y no puede haber insensatez más insolente. Sentir que es así y saber por qué espero que sea la clave que permita dilucidar los malentendidos que giran en torno a la personalidad de Victoria Ocampo, a quien por extraña paradoja se le desconoce precisamente lo que tiene de más típico y auténticamente argentino. ¿Qué es ser argentino, pues? Hasta tal extremo andan confundidos los defensores de la nacionalidad y los traidores a la patria, que es arriesgado preguntar hoy quién ha de recibir galardón y quién pena por lo que ha hecho y por lo que ha dejado de hacer en los trances críticos de nuestra historia coetánea, y es muy posible que un fallo imparcial arrancara el laurel de la frente de los vencedores para ponerlo en la de los vencidos.

Estas pocas palabras, para finalizar: los últimos cincuenta años de la vida nacional son de subversión, y se diría que las luchas de bandería se realizaron para destruir las fuentes de riqueza y agotar los recursos morales, como si el país hubiese sido invadido por consentimiento y fuerzas de ocupación se lo disputaran como botín de guerra. Para apreciar con ecuanimidad lo que han significado la revista y la editorial “Sur” en ese período de barbarización, es indispensable considerar que la literatura y las artes han sufrido, con menores recursos de defensa, los mismos deterioros y decrepitudes que las instituciones, vale decir que no se había formado con anterioridad una conciencia de situación, una convicción, de cualquier género que fuere, de qué significaba ser argentino y pertenecer a una nación y un pueblo soberanos. Ni la literatura ni el arte habían contribuido a formar el sentimiento de la solidaridad humana, de la familia y de los ideales comunes que forman la raíz y la esencia del patriotismo. El patriotismo se lo enseñaba en las escuelas y no se lo practicaba en ninguna parte. Lo que Victoria Ocampo intentó robustecer (sin pensar que no existía) es el sentimiento de la nacionalidad, como debe ser en un país cosmopolita como el nuestro, que es conservando y estimulando las peculiaridades esenciales y enriqueciéndolas con aportaciones de las culturas refinadas occidentales. Para esta empresa, poseía por devoción y por tradición el sentimiento vivo de la patria, y por educación y cultivo, el conocimiento del papel normativo que la cultura de elites había desempeñado en las naciones europeas. Se trataba, pues, sencillamente, de un problema de coyunturas y conexiones. Ese problema que ella había resuelto en sí, era proyectado en la dimensión nacional, y del fruto y del provecho que el país haya obtenido para superarse y ennoblecerse, no podemos juzgar ni por el cuadro desolador del país ni por el grado de mayor inmunización a la barbarie, que haya contribuido a fortalecer en los centros dirigentes de la cultura.

He llegado a un punto en que debo detenerme, porque encuentro que el problema remonta a los orígenes de la conquista de América, a la aparición de los misioneros en tierras dejadas de la mano de Dios, de los misioneros que aprendían guaraní y enseñaban latín.

En resumen, creo que la obra cultural que ha realizado Victoria Ocampo no podrá valorarse con ecuanimidad si se la considera como hecho biográfico y no como acontecimiento histórico, o como acontecimiento histórico y no como proeza personal. En su homenaje, sin duda voces más autorizadas que la mía, han de decir lo que inclusive de heroico ha representado su patriótico empeño de salvar los penates y los lares de la nacionalidad, que era lo que

constituía antaño la fuerza y la grandeza de la patria. Como los adolescentes de Cartago, ella salió al encuentro de los invasores para decirles: “Tomad nuestras vidas, destruid nuestras casas, pero respetad nuestros altares”. Yo creo que ése es un título legítimo para el respeto y la admiración de sus compatriotas como se lo expresan por este homenaje, pero creo que posee otros títulos que constituyen lo que podría llamar las virtudes teologales de su alma extraordinaria: magnanimidad, bondad y dignidad.

Esta es mi ofrenda, que acaso hallen torpe y balbuciente quienes pueden presentar testimonios más fehacientes de su grandeza. Yo casi no la he tratado; sólo la he visto en un fulgor y, sin embargo, estoy seguro de que Victoria sabe que, siéndome casi totalmente desconocida su existencia terrenal, he visto su rostro inmarcesible, los estigmas enigmáticos de su inmortalidad, la trágica señal de la lucha con el ángel, entre su yo y su id, entre su persona portadora de una rama de oro y la selva por donde hasta ahora ha transitado, con onzas, leopardos y panteras. Sabe que mi devoción, que no conoce los cantos litúrgicos de los antifonarios, desenrolla la estera de peregrino cansado y viejo y, como el juglar de Notre Dame, hace en su honor estas reverencias en tierra hospitalaria y remota, de trabajo, de confraternidad y de paz.

Cortina de alas Victoria Ocampo

[1965]¹³

“Para Sarmiento la realidad había tomado los caracteres constitutivos de su misma personalidad, y si aún nos parece su persona mental y temperamental tan ceñida a la realidad, hasta el extremo de coincidir puntualmente ambas configuraciones, es porque esa realidad que vemos es la que elaboró él con su genio”.

“Había sabido mantenerse exento de los elementales vicios de la concupiscencia, la depredación, el cohecho, la hipocresía”.

“Incapaz de obtener gloria ni fortuna sino por los caminos reales de la legalidad, nunca concibió siquiera, en sus delirios de grandeza... que pudiera lograrla a costa del más insignificante sacrificio de su honradez. Y ese escrúpulo en él morboso de la veracidad y de la honradez contrastaba con las prácticas seculares del gobierno y de la vida económica de su país, sostenidas por la exacción, el soborno y el fraude”. (*Radiografía de La Pampa*)

Esto que escribe Martínez Estrada sobre Sarmiento podría decirse, *mutatis mutandis*, de él mismo. Así era el hombre que hemos perdido. Incapaz del más insignificante sacrificio de su honradez. Que pudiera él equivocarse no queda descartado. ¿Quién no se ha equivocado en alguna cosa? La apasionada necesidad de justicia que sentía lo arrastraba, a veces, a una igualmente apasionada injusticia. Pero aquella injusticia suya no era jamás el producto de una vileza interior (como suelen ser las injusticias cometidas por los hombres).

Padeció su país a manera de una enfermedad; como aquella tremenda enfermedad de proporciones bíblicas (Job) en que lo vimos debatirse durante años. Confundía un mal con otro. Nunca sanó físicamente del todo, pues nunca sanaban tampoco esas llagas de su patria que, con los ojos abiertos o cerrados, contemplaba con horror.

En estos mismos días de agosto murió en Londres, hace 43 años, su amigo (pues aunque no lo conociera personalmente era su amigo) Hudson. En el libro que le dedica con tanto amor y comprensión, y en que revive el mundo maravilloso que aquel argentino-inglés llevaba dentro, apunta Martínez Estrada: “Murió en el destierro voluntario, desterrado conforme al sino del país en que nació, de la sociedad para cuyo trato no había nacido”. Es un leitmotiv de este argentino que vivía en una especie de destierro, él también, aunque materialmente no se alejara de su terruño. ¿Qué peor destierro que el del desterrado en su propio país? Todos hemos tenido oportunidad de conocer esta angustia, ocasionalmente. En él parece haber sido diaria. Y ese mal es un mal sin esperanza, una tristeza sin salida (como hubiera dicho el Conde de Keyserling).

En Hyde Park hay un lugar dedicado al recuerdo de Hudson. El transeúnte puede leer, al pasar (si es que no se detiene), que el monumento está consagrado a un hombre que “amó la luz, los campos verdes, y que vio el esplendor del manto de Dios”. Martínez Estrada cita estas

¹³ Artículo publicado en la revista *Sur* n° 295, de julio y agosto de 1965, en el número de homenaje a Martínez Estrada.

palabras al final de su capítulo primero, en *El mundo maravilloso de Guillermo Enrique Hudson*.

Si Palermo fuera mío (entendámonos, si yo pudiera decidir y resolver lo que allí ha de hacerse), elegiría algún lugar solitario (si es que aún existe ese milagro) y lo dedicaría a los pájaros (en Inglaterra y Estados Unidos se les llama “Bird Sanctuary”). Allí podrían ir a beber en sus bebederos y algunos niños chicos, aficionados a este cariñoso juego, podrían llevarles migajas del pan que no han acabado de comer en sus casas. Nada de estatuas en este refugio verde, fuera de las estatuas aladas y vivientes que se posan en ramas imprevisibles. Marcaría el lugar y lo bautizaría con dos nombres unidos en una lápida: Martínez Estrada-Hudson.

Martínez Estrada no estaría solo, él que tanto debió sufrir de soledad. Estos dos hombres tenían predilección por los pájaros (desde luego, en Hudson esta predilección fue muchísimo más lejos). Se complacían en observarlos y en ganar su amistad.

Si dejáramos en primera fila a estos amigos de don Ezequiel, yo creo que no le molestaría nuestra presencia en la segunda. Yo creo que no le disgustaría a este hombre tierno y arisco esta manera de recordarlo, de quedar junto a él. No estoy muy segura que “otras maneras” le serían gratas. Como yo lo quiero, temo contrariarlo hoy más que nunca, ya que él no podría protestar.

Por eso me importa tanto estar segura... y propongo lo que propongo. Si no estamos en primera fila, lo repito, y se la dejamos a sus amigos predilectos, no entrará en juego su naturaleza espantadiza. Para acercarnos a él, necesitamos esta cortina de alas.